

JUEVES CINEMATOGRAFICOS

DE
El Dia Gráfico

NVM. 121

4 JULIO 1929



CONSTANCE TALMADGE Y TOWNSEND NETCHER
FOTOGRAFIADOS DESPUES DE SU BODA

LA INGENUA COLLEEN MOORE, ESTRELLA DE LA FIRST NATIONAL



FANNIE HURST, AUTORA DE LA NOVELA «LUMMOX»; MISS MEC-HAN, QUE HA HECHO LA ADAPTACION HABLADA A LA PANTALLA DE LA NOVELA, Y M. BRENON, QUE DIRIGIRA EL MONTAJE DE LA PELICULA



EL FAMOSO PRODUCEUR H. B. WARNER, CON SU ESPOSA Y SUS HIJOS



CAMILA HORN, DESPUES DE FILMAR VARIAS PELICULAS EN HOLLYWOOD, HA REGRESADO A ALEMANIA



FILMANDO UNA ESCENA DE LA PELICULA DE LA CASA GAUMONT «LA INOCENCIA DE ANITA»

ARGUMENTOS DE PELICULAS

HARRY y la AVENTURERA

Lilian Thomson, la hija del rey de los calcetines de punto, había tomado el tren que desde Bruselas debía conducirla a París, y tan pronto como se acomodó en su vagón, abrió, como es natural en estos casos, una novela que hablaba de amor. Era la susodicha novela de las que las sedudas gentes y más todavía las mogigatas, tienen catalogadas entre los colores rojo y verde o viceversa, en la que se encontraban, a cada paso, frases como esta: "El amor es una lucha en la que para vencer, hay que sobresalir en algo... hacerse admirar... hacerse desear..." Eso quiere decir que Lilian, como todas las hijas de Eva, no pensaba más que en el amor y que esta idea la obsesionaba. Puede juzgarse de su sorpresa, cuando al levantar los ojos del libro, vió ante ella a un joven muy elegante, que en aquel preciso momento creyó que se parecía al héroe que la novela mencionaba.

No se necesita mucho tiempo para trabar conocimiento en un vagón con una persona de nuestro agrado, por lo que fácilmente se comprende que Lilian y el joven desconocido no tardaran mucho rato en entablar conversación. El desconocido era un policía internacional, muy diestro, terror de las gentes maleantes de frac y guante blanco, que tenía el aire de un perfecto "gentleman", y desde que despuntó la conversación, sintió Lilian que su cerebro se nublaba y su corazón latía con inusitada violencia...; en una palabra: ¡que estaba enamorada de aquel joven a pasos agigantados.

Pero había una pequeña dificultad: Kent, que así se llamaba aquel émulo de Sherlock Holmes, no se había fijado con la atención que el amor requiere, en Lilian; habíase limitado a contestar a sus preguntas con mucha corrección pero con bastante laconismo también, sin añadir ninguna galantería ni frase que denotara un poco de interés. Parecía estar muy

preocupado y lo estaba en realidad, ya que iba a la busca y captura de una aventurera internacional, y obsesionado por este enorme servicio en perspectiva, se cuidaba muy poco de las impulsivas y enamoradizas jóvenes que pudiera encontrar en su camino.

Naturalmente, sucedió lo que tenía indefectiblemente que suceder: Lilian, que a causa de su juventud y su fortuna estaba acostumbrada a no encontrar obstáculos en su camino, se molestó, primero, ante la indiferencia de Kent y luego, la misma frialdad y circunspección de éste, acabaron de arrastrarla con vehemencia hacia aquel hombre que a sus ojos había alcanzado la talla de un semidiós.

Kent siguió sin fijarse en ella y después de un saludo muy ceremonioso y seco, apeóse en Flessing.

Pero Lilian no era una mujer a la que le gustara terminar las cosas tan deprisa. Apeóse también y fué detrás de Kent y al mismo hotel que éste. Decididamente, Kent no tenía una idea personal, respecto a Lilian por lo que encontró la cosa más natural del mundo prodigar sus asiduidades a una cliente del hotel, la marquesa Beatriz Costelli, de la que fué pronto su más ferviente adorador con gran asombro y cólera de Lilian.

En el mismo hotel vivían una parejita de recién casados, Kitty y Gunther Hilfert. Hacía unos días que se habían casado y ya Gunther empezaba a sacar los pies de las alforjas, como vulgarmente se dice, en plena luna de miel, cambiando con la bella marquesa unas "incendiarias" miradas que amenazaban terminar, si Dios no mediaba, en tragedia, y Kitty, que se había apercibido de la inconstancia de su marido, hacía cuanto podía para desviar su atención de la linajuda y alegre marquesita. Pero, no era empresa fácil ganarle la partida empeñada a la marquesa, pues mientras Kitty era una jovencita sin experiencia, aquélla estaba doctorada

en mundología y tenía más conchas que un galápagos. Sucedió, pues, lo que tenía que suceder: la marquesita invitó a bailar a Gunther y luego a jugar una partida de "poker" en sus habitaciones. Quería aprovechar la oportunidad que se le presentaba para desvalijar al joven, y éste hubiera vuelto seguramente sin un céntimo al lado de su dulce esposa, de no haberse encontrado allí Harry Kent. El policía acababa de reconocer en la marquesa a la aventurera que buscaba con tanto afán, y sustrajo la cartera a Gunther antes que permitir que aquélla ejecutara sus perversos propósitos.

Lilian había vigilado y sorprendido todo aquel manejo y pronto se puso al corriente de lo que pasaba por una carta perdida por Kent. Entonces arriesgóse a jugar una peligrosa partida y fué a ver a la aventurera a la que dijo:

—Acaba usted de ser descubierta; si permanece más tiempo aquí, no le quepa duda que dará con sus huesos en la cárcel.

—¿Quién le ha dado permiso a usted para que así me hable?—dijo la marquesa con altivez.

—Escúcheme—dijo Lilian—; quiero salvarla. Acepte este cheque y salga de aquí inmediatamente.

Sin comprender bien lo que pasaba, pero figurándose, la aventurera no se hizo repetir la orden dos veces. Salió como una flecha y Lilian quedóse ahora dueña absoluta del campo, resuelta a ganar la voluntad de Kent.

Algunos minutos más tarde, se hubiera podido ver el espectáculo siguiente: Lilian, gracias a algunos retoques de belleza complicadísimos, había conseguido dar a su rostro la semejanza del de la marquesa, pudiéndosele tomar por aquella. Era el momento de desempeñar su papel.

Los acontecimientos iban a desarrollarse como lo esperaba Lilian.

No contaba, sin embargo, con el

BIOGRAFÍAS

STEPIN FETCHIT, el astro negro

En un barrio en el centro comercial de la ciudad de Los Angeles, existe una calle mezcla de almacenes de mercancías y casas de dos y tres pisos, de pobrísima apariencia la mayoría. El nombre de esta calle es Avenida Central, y lo primero que se le ocurre al foráneo que visita esta avenida por primera vez, es la preponderancia de negros por todas partes. Hasta los policías que dirigen el tráfico en las esquinas son de tez obscura.

Pero esto no es extraño. La raza de color está bien representada en esta gran ciudad de California, y es muy natural que escogieran un barrio central para congregarse y vivir en más o menos armonía; y que escogieran como arteria principal de su barrio, una calle con nombre céntrico como el de Avenida Central.

La vida en esta calle, de día, no es muy diferente a la de cualquiera otra calle de los barrios comerciales de esta metrópoli; pero cuando llega la noche y aparecen las estrellas en el cielo, la escena cambia por entero. Y no es que los habitantes de esta

infiel recién casado Gunther, que la perseguía, creyéndola la marquesa, con más ardor que nunca. Era necesario, por lo tanto, ganar la partida final a la mayor brevedad posible.

Kent se puso muy pronto al corriente de la estratagema inventada por Lillian; empezó por tomarlo a risa, pero como tenía que cumplir con un deber sagrado, impuesto por su profesión, al encontrar aquella misma noche a la marquesa Costelli en el casino, condújola a sus habitaciones en calidad de detenida. Una vez allí, tuvieron lugar las explicaciones. Lillian confesó haber suplantado a la aventurera y Harry volvió a reír de nuevo.

Había detenido a Lillian para tenerla a su merced y confesarla que no la disgustaba. Devolvióse a Gunther su cartera y Kitty perdonó a su voluble marido que daba muestras palpables de gran arrepentimiento.

Lillian Thompson, se convertía poco después en la señora Kent, pasando éste a ser príncipe consorte de los calcetines de punto.

famosa arteria levanten la vista al cielo en busca de los planetas. ¿Para qué tomarse esta molestia?

¿No tienen ellos su astro brillante y más natural que los de arriba? ¿Claro que lo tienen!

Porque todas las noches aparece paseándose por la Avenida Central, el célebre astro de la pantalla Stepin Fetchit, caballero de color e ídolo de su raza, deslumbrando a las multitudes que lo ven pasar, sentado en el tonneau de su auto, dirigido por eriguido «chauffeur» en uniforme. Su traje es de lo más moderno que los sastres más costosos de Hollywood y Los Angeles pueden producir y sus corbatas son la sensación de sus contemporáneos.

Stepin Fetchit nació hace veintisiete años en Cayo Hueso, Estado de la Florida, sólo que su nombre era entonces Lincoln Perry. Desde temprana edad recibió su educación primaria en las escuelas católicas (siendo ésta su religión), de Montgomery, Alabama, donde su familia fué a vivir más tarde. Años después entró de estudiante en el Colegio Católico de aquella ciudad y allí estudió tres años para el sacerdocio.

El estudio le era difícil y los años que tomaría le impresionaron de tal manera, que un día salió del colegio abandonando la idea por completo.

Buscando que hacer, fué a dar en un circo de feria y allí se quedó por algún tiempo, hasta que se interesó por las carreras de caballos y siguió este deporte por varios años. En el curso de su contacto con las carreras, conoció y llegó a aficionarse a un caballo cuyo nombre de pista «Stepin Fetchit» le agradó y le impresionó grandemente.

No es extraño, pues, que al dedicarse a la carrera teatral, meses más tarde, se le ocurriera adoptar este nombre altamente eufónico, que en inglés es una construcción de las palabras «step in and fetch it». En español esto se podría traducir como «mé-tete y consíguelo», y parece que este negro tuvo gran tino en escoger este

nombre, pues su triunfo en el cine no fué otra cosa que su lema de «mé tete y consigue lo que buscas».

En las tablas, Stepin actuó en la obra «En el viejo Kentucky» y en variedades apareció por muchos años en un acto de canciones y bailes que lo hizo muy popular.

Fué en un teatro de variedades de San Diego, California, que lo vió un productor de la Fox, y lo contrató para actuar en la película parlante «The Ghost Talks» (El fantasma que habla). Su éxito en esta cinta le valió otro y mejor rol en «Corazones en Dixie», con el resultado que acaba de recibir un nuevo contrato de esa Empresa a razón de ochocientos dólares por semana.

¿Ochocientos dólares cada siete días, trabaje o no!

No es extraño, pues, que Stepin Fetchit sea el «as» de los negros, que ven en él la realización de sus propios sueños.

Y en cuanto a Stepin, cuando no está actuando, se pasa el tiempo en una duda horrible. ¿Cuál de sus cien trajes se pondrá hoy? ¿Qué sombrero escogerá para cubrir su raspada cayuca? ¿Qué par de zapatos? ¿Cuál su corbata, etc., etc.? Y por fin, ¿cuál de sus autos y qué chauffeur usará hoy? Porque hay que saber que Stepin Fetchit posee tres coches flamantes y tiene dos chauffeurs, como si uno no fuera bastante.

Mary Bryan, madre de familia

Se hace inconcebible que Mary pueda personificar a una joven madre, cuando ella es la esencia misma de la doncella.

No obstante, como una linda y excelente madre la veremos muy pronto en una película de la Paramount, Estudio donde está contratada. Ojalá que no sea su papel de esos definitivos, de esos que impresionan, pues en ese caso estaría condenada a ser la joven y bella madre de una larga serie de películas.

ACTUALIDADES CINEGRAFICAS

EL FILM REALISTA

En una sala de Nueva York, acaba de proyectarse una "talkie" de un pesquero de ballenas. Hasta aquí la cosa no tiene importancia; es una "talkie" como las demás, en la que se oye el mugir de las olas, el ulular del viento al pasar por entre las jarcias y aparejos del valiente ballenero, el ruido de la lluvia sobre la cubierta del buque, voces confusas de mando, "hurras" de entusiasmo al capturar un enorme cetáceo, etc., y al mismo tiempo, conforme el barco avanza hacia las inhospitables y desiertas regiones polares, mediante un dispositivo especial, va bajando en la sala la temperatura, hasta el punto de que el público dé diente con diente.

No está mal el invento; pero no está bien tampoco, que el público agarre una "monía" por muy cinematográfica que sea. Aunque suponemos que en la taquilla habrá un anuncio encareciendo el uso de la manta, abrigo de pieles o estufa.

¿Qué sucederá cuando los términos se inviertan y en lugar de un viaje al polo, se trate del incendio de un bosque?

COMO EL GALLO DE MORON

Así van a dejar entre unos y otros al simpático Tom Mix. La semana pasada dábamos la noticia de que por uno de sus servidumbre, sobre el que recaían vehementes sospechas, al decir de las Agencias periodísticas, había sido víctima de un robo de 375.000 dólares, y por si esto fuera poco, ha venido a aumentar su pena la Hacienda estadounidense, que le reclama un impuesto sobre rentas, enormemente recargado por ocultación de fortuna. El informe dice que, le acusa de haber retenido indebidamente los años 1925, 1926 y 1927, no despreciable, de 112.114'11 dólares (capicúa).

No sabemos si será verdad, y lamentamos que lo fuera, o si se tratará de una propaganda a la que tan aficionados son los americanos. Nos limitamos únicamente a recoger con toda clase de reservas lo que publica la Prensa de aquel país, a la que rogamos, si insiste en despojar a Tom Mix en esa forma, cuente bien las cantidades, no vaya a darse el caso de que falte dinero.

En fin, de todos modos, opinamos que lo del robo es uno de tantos cuentos, y de ser verdad, vemos a Tom Mix "sin plumas y cacareando".

A MAL TIEMPO, BUENA CARA

Greta Garbo, acaba de tomar posesión de un magnífico "bungalow", de diez habitaciones, construido por encargo en Beverly-Hills. Desde que está en América ha vivido hasta la fecha en una elegante pensión. Los maliciosos creen ver en ese acto de la pálida virgen nórdica, un rasgo de despecho y una venganza. Dicen que ya que fué la obsesión de Gilbert, ahora será su pesadilla al tenerla como vecina. Y hasta creen que no tardarán mucho en casarse los protagonistas de "El demonio y la carne..."

Peró mientras tanto, Ina Claire le ha ganado la partida y no creemos se resigne a quedarse "viuda" tan prematuramente.

UNA BROMA DEL FONOFILM

La Fox, que al parecer va a dedicarse exclusivamente a los "talkies", ha empezado a "licenciar" a todos los artistas; a los que la madre Naturaleza no ha dotado de una prodigiosa y bien timbrada voz, así como a los que no hablan correctamente inglés. Entre estos artistas que "han de pasar por la Caja", se encuentran nuestros compatriotas María Casajuna (María Alba) y Antonio Cumellas y los italianos Lola Salvu y Gino Conti.

Lamentamos mucho el "tropezón" de nuestros compatriotas, aunque no dudamos, por lo que a Miss Alba se refiere, que, habiendo dejado bien sentado el pabellón y teniendo un buen "cartel", pronto firmará un contrato que la permita desquitarse de esta contrariedad y hasta comprarse una "torre" en las afueras de Hollywood...

Y sino al tiempo. Miss Alba al irse no llevó billete de ida y vuelta; y si lo llevó se vendió la vuelta... y allí se queda.

¡Es mucha Miss Alba esa!

ESTE ES EL MEJOR...

Recordarán nuestros lectores que dimos la noticia del matrimonio en terceras nupcias de Constance Talmadge. No es una cosa del otro jueves el que un ciudadano o ciudadana estadounidenses se casen en terceras nupcias, aunque los que están al margen de todas estas zarandajas comenten las reincidencias a su sabor. Parece ser que un compañero americano, reporter de una importantísima agencia de Prensa, gastó a

Counie (este es el nombre que familiarmente se le da) una broma un poco pesada y de no muy exquisito gusto al hacerla observar que nunca terceras partes fueron buenas, a lo que replicó Constance con mucho donaire: "Los otros dos no cuentan; este es el mejor".

No está mal la respuesta, para improvisada, pero a nuestro juicio, se le olvidó añadir "y el más rico". Y no se hubiera equivocado, porque mister Towsed Metcher es un multimillonario famoso de Chicago y conocidísimo financiero de Wall Street.

FIN

Ruth Chatterton, una joven que rueda en los Estudios Paramount, ha batido el record mundial de los "talkies". Esta artista, muy bella y muy simpática, estaba relegada al olvido y cuando se inició esta nueva modalidad, salió de su letargo para presentarse con la fuerza que le da su radiante belleza y su maravillosa y bien timbrada voz. Actualmente es la niña de moda. En un año ha rodado nueve "talkies".

Se está "hinchando" de cantar... y de ganar dinero, que es lo que se quería demostrar.

EL MAGO DE HOLLYWOOD

Charles Rogers mejora

No de salud, que la goza perfecta; tampoco en popularidad, pues casi ha llegado al límite. Mejora en su tren de vida o sea en su manera de vivir.

Hasta hace muy poco Charles llegaba al Estudio por las mañanas conduciendo su propio automóvil, que es costoso y rojo y negro. Ahora gasta ya un chauffeur negro y uniformado.

Peró también mejora en apariencia: ya no parece ese cándido niño de "Mi mejor amiga", con Mary Pickford como tal. Luce ahora muy hombrecito, muy varonil, gracias a unas rizadas patillas que se ha dejado crecer y que le dan aspecto de contrabandista.

Charles está ahora contento, pues goza de la compañía de la "mujer que más le interesa en la vida: su madre". A ella parece que le agrada su hijo con esas patillas que lo hacen en la vida real lucir tan convencional, tan lejos de ser el sencillo humorista Charles Rogers de todos los días.

Recuerdos inéditos de Rodolfo Valentino

El laureado pintor español Beltrán Massés, íntimo amigo del malogrado Rodolfo y que invitado por éste vivió una larga temporada en su casa de Hollywood, es el que ha evocado los recuerdos que a continuación reproducimos.

Era una mañana crudísima, seca y fría del invierno de 1925. Cómodamente instalado en una butaca sobre el puente del trasatlántico "Leviathan", en viaje de Cherburgo a Nueva York, el pintor Beltrán Massés miraba abstraído a los pasajeros de primera clase que hacían "footing" esperando la hora del desayuno. Ante él y un poco distanciado de los bulliciosos grupos de americanos, un joven, vestido de gris, atravesaba el puente con paso equilibrado y regular de deportista. Estaba solo. Miraba obstinadamente hacia el lado del mar como si quisiera ignorar las miradas curiosas que le asaeteaban.

Los otros pasajeros, en efecto, parecían interesarse vivamente por aquel hermoso joven de rostro tostado y ojos dulces y brillantes. A su paso, todos murmuraban y volvían la cabeza para mirarle...

—¿Quién es ese joven?—preguntó, asombrado, Beltrán Massés a un "stewart" que acertó a pasar por su lado.

El interpelado se detuvo estupefacto.

—¿Pero, es posible! ¿De veras no lo sabe, señor? Pues, es Rodolfo Valentino, el célebre actor de la pantalla.

Así, pues, aquél era el notable galán joven por el que tan apasionado se mostraba el sexo débil el joven que hacía andar de coronilla a las mujeres de ambos hemisferios. Instintivamente, Massés, no deseaba trabar conocimiento con él.

Aquel actor tan adulado, tan mimado por la crítica y las mujeres, sería un engreído, fátuo y pretencioso...

Y así hubieran quedado las cosas, si al día siguiente, Massés no hubiera visto a Valentino acercarse y abordar.

—Perdóneme, señor, pero usted, no creo equivocarme, es el pintor Beltrán Massés, ¿no es verdad? Ahora me va a permitir que a mi vez me presente: Rodolfo Valentino. Tenemos, según creo un amigo común, el gran novelista Blasco Ibáñez. No hace mucho tiempo, he rodado dos films;

dos argumentos extraídos de sus novelas.

Valentino hablaba en un tono cortés, casi tímido. Al poco rato de conversación se había hecho irresistiblemente simpático.

—Habla usted muy bien el español, señor Valentino. ¿Acaso conoce usted mi país?

—Sí, conozco y adoro a España a la que deseo ardientemente volver tan pronto como pueda...

Dos días más tarde, Massés y Valentino eran los mejores amigos del mundo. Se les veía juntos por la mañana, vendiendo y viniendo por el puente del trasatlántico. Por la tarde, volvíanse a encontrar, instalados en las enormes y cómodas butacas charlando alegremente y fumando cigarrillos. Por la noche, un Valentino, elegantísimo, de "smoking", iba a reunirse con Massés al salón deslumbrante de lujo, en el que un diabólico jazz tocaba solamente bailables. Rodolfo bailaba admirablemente, y cuando, a veces, invitaba a una dama para un tango o un foxtrot, sentía que sobre él pesaban todas las miradas, llenas de curiosidad y de indiscreta admiración.

—¿Cómo me gustaría bailar, señor Massés, si todas esas gentes renunciaran a mirarme como si fuera un bicho raro!... Muchas veces, sueño en ir a descansar a un país en que sea desconocido el cine, en el que Valentino sea un hombre como los demás y en el que nadie me pida autógrafos.

"Esta popularidad de estrella de cine es muy conmovedora, pero, a veces, resulta excesiva. Si a bordo estuviera en estos momentos un sabio, un médico notable o un abogado de renombre mundial, estoy seguro que nadie o casi nadie se daría cuenta; seguirían mirándome a mí más que a ellos. ¡Esto no es justo! Y todo porque sé colocarme ante una cámara y hacer cuatro muecas..."

Esta idea, haciale reír. La gloria, la adulación de las mujeres, no habían logrado influir en aquel carácter sencillez y recto que era el principal encanto de Valentino. No tenía ninguna pretensión.

Si se hacía alguna alusión a su prodigioso éxito de estrella, respondía sencillamente:

—Sí; hay que reconocer que he tenido mucha suerte, lo cual me pone contentísimo... ¡Caracoles! ¡A nadie amarga un dulce!

Y como era un amante de su profesión no soñaba más que en hacer

progresos todavía, en superarse si era posible y rodar hermosos films. Durante sus charlas Beltrán Massés se maravillaba de descubrir en Valentino esa falta tan absoluta de orgullo, corriente en algunos artistas pagados de su arte y su personalidad. El carácter esencial de Rodolfo era un gusto profundo y apasionado por las cosas bellas. Y cuando hablaba de un buen libro o de un hermoso cuadro, que le gustaban, para él no había nada más que aquello en el mundo...

No obstante, era preciso que Valentino recordara que era una estrella célebre, "la más fulgurante del firmamento cinegráfico" y si alguna vez se olvidaba, los hechos le hacían volver a la realidad. A la llegada del "Leviathana" a Nueva York, un enjambre de periodistas, fotógrafos y operadores de cine, cayó como por encanto a bordo y asaltó la cabina de Valentino.

Sin enojarse por eso, subió al puente con Beltrán Massés y ambos se dejaron filmar copiosamente, fotografiar e entrevistar. Después, al salir del buque, el gran actor y el no menos gran pintor, se separaron.

—Tan pronto como se inaugure, ire a ver la Exposición de sus cuadros—declaró Rodolfo... Nos veremos con frecuencia durante los pocos días que permaneceré en Nueva York...

Muy pronto inauguróse la Exposición y el día preciso, entre la multitud ávida de contemplar los cuadros del conocido maestro español, gloria de la pintura, Valentino se paseaba gravemente, mirando con detenimiento los cuadros de su preferencia. Algunas horas después, los dos amigos se encontraban en una atmósfera más tranquila y comían juntos en un gran restaurant de Nueva York.

—Señor Massés—empezó diciendo Rodolfo—, tengo que hacerle una proposición.

—¿De qué se trata?—preguntó Beltrán sonriendo ante aquella seria actitud que Rodolfo tomaba en todo momento.

—Vera usted: mañana, según sabe, me marcho a Hollywood, donde debo comenzar a la mayor brevedad un nuevo film. "El águila negra". ¿Por qué no viene usted allí? Viviría en mi casa, en "Falcon Lair". Y estaría yo muy contento si durante su permanencia, fuera tan amable que me hiciera un retrato...

La idea de tener por modelo un rostro tan varonilmente hermoso co-

NOVIAZGO DE "ESTRELLA"

La que debe casarse con el nieto de Guillermo II,
ex kaiser de Alemania

La tenemos dispuesta a responder valerosamente a cuantas preguntas la hagamos.

Si la profesión de estrella exige un poco de paciencia, la de reporter no le va en zaga respecto a obstinación.

Por una parte, ¿qué se debe decir?, y por la otra, ¿qué transcribir? La interpretación es peligrosa, sobre todo cuando se toca la vida privada de una bella artista, que, después de todo, no debe al público más que un talento y la imagen de su belleza.

Pero Lily Damita, aunque muy joven, sabe perfectamente que la celebridad no se alcanza sin correr los riesgos que lleva consigo una notoriedad.

Lily está presta para el sacrificio de la entrevista y sus dientecitos, finos y blancos, brillan cuando sus hermosos labios inician una acogedora sonrisa.

—Es decir, que a usted le interesa solamente la novela de mi noviazgo, ¿no es eso? ¡Qué cosa más curiosa! ¡Entonces, mi opinión sobre el cine sonoro, hablado o mudo le es indiferente! ¿No le atrae a usted el estudio comparado de las películas extranjeras que he rodado? Sin embargo..., pero a qué seguir; ya que usted lo quiere así, vamos a empezar.

Lily enciende un cigarrillo, me tiende su pitillera de oro cincelado y prosigue:

—Me han adjudicado muchos pretendientes y hasta me han puesto en relaciones con algunos de ellos muchas veces en el transcurso de mi carrera artística. Como de todo lo que se rumorea hay algo de verdad, y casi todo es falso. Pero, en esta ocasión, no puedo negarle que mi noviazgo con el príncipe Luis Fernando, hijo del ex Kronprinz, es oficial. Le encontré en un gran banquete de gala en la Embajada de España, cuando rodaba un film en Berlín. Al día siguiente almorzamos juntos, y los días que siguieron a estos acontecimientos nos encontramos regularmente. Era un

mo el de Rodolfo y conocer mejor a aquel muchacho tan encantador, se-
dujo a Beltrán Massés. Y, algunas
semanas más tarde, una vez termi-
nada la Exposición de sus obras en
Nueva York, el pintor tomaba el tren
para Hollywood, donde ya le esperaba
Valentino...

C. DORE

(Continuará)

y sobre todo de corazón muy débil, y digo todo esto, para que no le extrañe nada de lo que sucedió. Me gustaba mucho verle con frecuencia y confieso que le amaba.

—Pronto, no obstante, debía volver a París, ya que allí tengo mi residencia; a Alemania no iba más que cuando tenía que trabajar. Durante mi ausencia, el príncipe cayó enfermo, y cuando volví a Berlín, tres meses después, todavía estaba en el lecho. Pero pronto fué mejorando, y una vez más volvimos a ir juntos a comer, a bailar, al teatro...

Cuando terminé el film abandoné Alemania y, al irme, dejé a Luis Fernando con una crisis cardíaca, que llegó a inquietar a su familia hasta tal punto, que recibí de su padre, el Kronprinz, una invitación para que fuera a verle a su palacio tan pronto como regresara a Berlín.

Puede usted imaginarse la impresión que sentí cuando comprendí que aquel hombre importante deseaba tener una entrevista conmigo. ¿Me haría, acaso, responsable de la enfermedad de su hijo? ¿Tendría, quizá, la suficiente influencia para prohibirme que viniera a trabajar a Alemania?

Estaba muy asustada; me sentía muy pequeña, se lo aseguro; no obstante, fui a verle, en el estado de ánimo que usted puede figurarse.

Después de haber atravesado un gran salón, de cuyas paredes pendían hermosos cuadros representando a todos los antepasados de la familia y luego otros salones enormes, que daban la sensación de no acabar nunca, llegué a una sala cuadrada, donde, tras un «bureau» monumental, estaba sentado el Kronprinz. Avancé hacia él; entonces quedó mirándome un momento y me dijo:

—Siéntese, hija mía.

Aquí Lily se detuvo, como para coordinar sus pensamientos. Encendió un nuevo cigarrillo y volvióme a tender otra vez su bello estuche de oro cincelado. Su delicioso y alegre rostro adquirió una grave expresión. Junto sus cejas de purísimo e impecable arco y ahuecó la voz, imitando la de bajo profundo del príncipe:

—Hija mía, ¿le gusta a usted la clase de vida que lleva?

Yo respondí:

—¡Oh, sí, sí!... Me gusta mi profesión y soy muy feliz...

No me era posible articular ni una muchacho guapo, amable y dulce: dieciocho años, de salud algo frágil palabra más. El padre de Luis Fer-

sando me helaba la sangre de espanto; no sabía a dónde iría a parar, ni lo que de mí deseaba. La expresión de su rostro era impenetrable y esperaba la continuación de aquel interrogatorio, temiendo por mi porvenir artístico, que creía amenazado.

El príncipe continuó:

—¡Pero, lleva usted una vida como los gitanos! ¿No es horriblemente pesada y fatigosa, no es excesivamente dura para una jovencita tan delicada como usted?

Entonces, libre de toda timidez, respondí:

—¡De ningún modo! Adoro mi trabajo y los goces artísticos que me proporciona. No me gustaría cambiar mi modo de vivir...

—Sin embargo, un día usted se casará..., ¿no es esto?

—Quizás un día lo haga—dije—, pero tendrá que pasar algún tiempo.

Sacudió la cabeza y, después de un momento de silencio, continuó:

—Supongamos que un guapo muchacho que la quiere con locura, que ostenta un nombre preclaro y glorioso y puede ofrecerle un título, desea casarse con usted. ¿Qué pensaría de eso?

Le miré sin contestar y él prosiguió:

—¿Quiere usted hacerme el favor de reflexionar un poco?

—Ya sé lo que quiere decir: Vuestra Alteza—repliqué—. Es un honor inmerecido el que me dispensa... Voy a volver a París y me lo pensaré.

—Muy bien—me dijo el príncipe—hágalo así.

Levantóse, vino hacia mí, cogióme la mano y me la besó.

—Eso es todo lo que tenía que decirle; ¡buenas tardes, hija mía!

Abandoné el palacio del Kronprinz con las ideas completamente embarrulladas y la fantasía galopando libremente. Más tarde, mi agente de publicidad me dijo:

—¡Debe usted casarse con el príncipe! ¡Esto será una maravillosa publicidad!

Yo, en la imposibilidad de tomar una decisión, continué mi vida artística. Partí para América y trabajé hasta el día en que Luis Fernando vino a buscarme a Hollywood y a proponerme el matrimonio...; eso es todo.

Y Lily Damita, siempre con su deliciosa sonrisa dibujada en el semblante, me abandonó para ir a montar a caballo.

J. LHERIS

¿Por qué no se había cortado las trenzas Mary Pickford?

Mary Pickford se ha cortado el pelo.

Estas pocas palabras que los periódicos americanos han puesto en gruesos caracteres ocultan casi un drama romántico, la historia de un amor maternal tan grande que ha cambiado en oro todo cuanto tocaba; la historia de un amor filial tan total que ha dominado la carrera más asombrosa que jamás se haya registrado en los anales del cine. Ahora es la historia de la voluntad de una mujer, determinada a sobrepasar su propia popularidad, a libertarse de un tipo creado exclusivamente por ella y ser una artista en el más amplio sentido de la palabra.

El último acto no está todavía escrito y esperamos con impaciencia el film que acaba de rodar, «Coqueta», film parlante, para saber si la muñeca de Hollywood ha acertado y continúa como siempre.

Mientras vivió su madre, Mary no quiso cortar sus doradas trenzas. La señora Pickford cuidaba esas trenzas y las quería no sólo como una madre cuida y quiere los dorados rizos de su bebé, sino porque esas trenzas eran, hasta cierto punto, el símbolo artístico de la criatura que había puesto en el mundo.

Las trenzas representaban la gloria de Mary, la soberanía de la joven estrella sobre todos los amantes de la pantalla.

A pesar de que Mary supiera que la época de llevar las trenzas había pasado para ella, que el mundo esperaba otra cosa de su talento y que ese personaje por ella creado, erguía-se como barrera infranqueable ante su horizonte artístico, limitando su carrera, las conservaba. Y las hubiera conservado hasta que se hubieran vuelto grises con tal de no darle la más ligera pena a su madre en los últimos años de vida.

El público, durante mucho tiempo, creyó que Mary rechazaba esa medida radical, pero no es exacto, ya que es demasiado arrojada para eso y mucho más, y cree en sus posibilidades artísticas para vacilar ante un sacrificio necesario.

Sabía perfectamente que el público seguía adorando a la que había bautizado con la frase: «The sweetheart of the world» (La novia del mundo) y que este mismo público no

iría a ver sus films tan pasados de moda como las «mangas de pernil». No, no era más que por el cariño que sentía por su madre y por respeto a todo lo concerniente a su carrera, por lo que conservaba las trenzas.

Y, cosa curiosa: el inmenso amor maternal de Charlotte Pickford cegaba la perspicacia habitual de su juicio. Quería conservar a su niña prodigio, estancarla en el género que le había dado la gloria, en lugar de comprender que ya era llegado el momento de abandonar los papeles de niña ingenua para entrar de lleno en un campo más vasto, porque continuar insistiendo en lo anterior, era exponerla al fracaso de «Rosita» y de «Dorothy Vernon», films que fueron juzgados bastante duramente por la crítica a causa del poco éxito que tuvieron.

La señora Pickford había dominado siempre la vida de su hija, tanto en el terreno profesional como en el privado, y aun después del matrimonio de Mary con Douglas Fairbanks, su influencia no experimentó merma de ninguna clase. Es preciso, no obstante, añadir que la señora Pickford era una de las más encantadoras mujeres que puedan encontrarse. A pesar de haber quedado viuda con tres muchachos de corta edad, obligada a llevar las riendas de la dirección de una pensión de familia y habiendo conocido las más penosas luchas para poder educar y criar a sus pequeñuelos, nunca abandonó su buen humor y su espíritu recio y alegre de irlandesa. Ella fué el piloto que condujo al puerto de la cinematografía a su hija, desde los comienzos de la carrera; ella fué la que tuvo la feliz ocurrencia de dejar crecer las rizosas y doradas trenzas que ondulaban graciosamente alrededor de la pura y virginal sonrisa de su niña idolatrada; ella vió el partido que de ellas podía sacarse y consiguió hacerlas tradicionales. Y el drama empezó desde aquel infausto día, porque la señora Pickford no transigió con nada que fuera un atentado a lo que juzgaba su creación y tanto amor le inspiraba. Quería conservar su obra maestra, no encontrando en ella ningún defecto y no concibiendo que, una vez que Mary pasara de los treinta abriles, y habiéndose convertido en un encantadora mujer, tan hermosa y encantadora como había sido la jovencita, tendría

que abordar papeles más en consonancia con su edad.

Sin embargo, mientras su madre tuvo un soplo de vida conservó su hermosa y blonda cabellera.

Una nueva Mary Pickford acaba de nacer, y la pantalla acaba también de ganar una nueva artista. Va a intentar hacerse un sitio preferente y abordar los papeles que sus trenzas le han vedado durante tanto tiempo.

Charles Chaplin, solitario

Ya de por sí es una cumbre y sabe conservarse en esa situación. Como debe saberse la United Artists piensa entrar en una combinación de altas finanzas que la harían depender en parte de Warner Bros. Sesenta millones de dólares han corrido en el tapete verde de este juego de gigantes del dinero. Pues bien, Chaplin, permanecerá independiente, negándose a vender sus intereses por dos millones y adquirir compromisos indefectibles por cinco años. Chaplin, sigue, pues solitario y único.

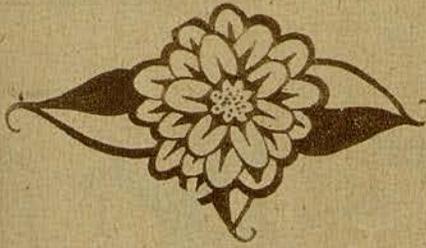
Una prueba más de su sinceridad y honradez artística. Cuando era pobre y necesitado, estaba obligado a hacer lo que le mandasen; ahora, archimillonario, sabe bien que su gloria será en producir grandes películas tal como «El Circo», pero cada vez que le venga en gana, es decir, cada vez que tenga inspiración; y la inspiración, como dice el genial músico Joaquín Turina, basta con que se quiera buscar para que desaparezca.

Toda la obra de Hollywood se debe a la cooperación de múltiples factores; no hay más que una sola obra individual, por lo mismo la única que se acerca al ideal estético: la de Chaplin.

Conservando su altura de montaña, él, no hará películas parlantes. Alguien ha dicho por ahí, con una incompreensión total de lo que es Chaplin: «los que le han oído por la radio saben lo desastroso de su voz, por tanto, imposible para los «talkies»».

La verdad es que Chaplin ni aunque tuviese una voz de oro haría películas parlantes, aunque se puede aseverar que de hacerlas, serían obras maestras; pero perderían su internacionalidad, su cosmologismo trascendental.

LA BELLA ARTISTA CINEMATOGRAFICA
BETTY COMPSON



EDMUNDO LOWE, EL CONOCIDO
CINEMATOGRAFISTA, RECIBIEN-
DO LA CORRESPONDENCIA





ESTRELLAS ALEMANAS DEL CINE
SOLAZANDOSE CON SUS COMPARE-
ROS EN EL LAGO WANSEE



MARY ASTOR, LA
FAMOSA ESTRELLA
QUE ENCARNA EL
PRINCIPAL PERSONAJE
FEMENINO EN
LA PELICULA
«LA MUJER DEL
INFIERNO»

FILMACION DE LA PELICULA «LA LUCHA POR EL TROFEO», QUE PRESENTARA LA CASA GAUMONT EN LA PROXIMA TEMPORADA



UNA FASE DE LA PELICULA



UN DESCANSO EN LA FILMACION DE «LA LUCHA POR EL TROFEO»

EL FAMOSO CANTOR AL JOLSON
IMPRESIONANDO UNA PELICULA



LAS HERMOSAS ESTRELLAS CINEMATO-
GRAFICAS NANEY CARRELL Y DORIS
HILL, TOMANDO UN BAÑO DE SOL EN
LA ARENA

P.B. A. 1280